



PERIÓDICO EVANGÉLICO, CIENTÍFICO E ILUSTRADO.

Año XXXIII.

Figueras.—Junio de 1918.

Número 383.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.
CALLE DE D. PEDRO III, 39.

SE PUBLICA
UNA VEZ AL MES.

SUSCRIPCIÓN ANUAL.
ESPAÑA, 1 peseta. EXTRANJERO, 2 pesetas.

¡Y NO PASARÁN!

NUESTRA fe y nuestra esperanza están en la existencia y resistencia heroica de los aliados que continúan derramando generosos su sangre en pro de la libertad, de la justicia y del derecho.

Cataluña y España entera, tienen hoy su mirada fija en la frontera, más allá, donde la tierra es violada, esa gentil maravilla que sólo pensó en producir para el hombre y el hombre para conquistar las cimas del progreso, de la civilización.

Nuestra esperanza está en los aliados. Dijimos, cuando la lucha era intensísima, «no pasarán», y hoy cuando se presenta más intensa aún, volvemos a repetir lo mismo. Dijimos ayer ¡no pasarán!, hoy podemos decir ¡no han pasado!

Las fuerzas inglesas, francesas y americanas, pueblos constituidos por razas eminentemente cerebrales están resistiendo a los invasores, y en el mero hecho de resistir, ya vencen, vencen a la codicia, pues la razón vence a la fuerza. La sangre que se derrama por campos, ciudades y riberas, los muertos que cubren los valles y los heridos que invaden los hospitales, prueba todo ello la abnegación de los ejércitos aliados, sacrificios que serán en su día coronados con gloria y honor. Hoy la sangre fecunda de los defensores de la sacrosanta libertad de los pueblos, riega los campos sin espigas, y si bien la hora actual hace palpitar los corazones plétóricos de la Francia libertadora, sin embargo mañana, en la hora del heroísmo, en la hora de la gloria, brillará para el destino de los aliados el sol esplendoroso de victoria y libertad.

El heroísmo del pueblo francés e inglés está asombrando al mundo, hasta al mismo adversario cruel y responsable de tanta desgracia, sufrimiento injusticia, y maldad.

Si los imperios centrales faltos de preparación, como lo estuvieron Bélgica, Francia e Inglaterra, se hubiesen visto frente a frente con millones de hombres y ante un esfuerzo que subrepuja la imaginación más viva, como lo fué aquel esfuerzo de 1914, quizás no podríamos, haciendo la más estricta justicia, elevar análogas endechas a su heroísmo, como hoy el mundo ha elevado a la heroica Francia y a la valiente y abnegada Britania. En la resistencia solamente está ya la primera fase del triunfo.

No pasaron la otra vez por la resistencia que ofrecieron, y hoy ofrecerán mayor resistencia aún, y no pasarán.

Se va acercando la hora del mayor sacrificio, la hora del mayor heroísmo, el alma aliada se alza ante los horrores de la tragedia, del crimen y de la injusticia, ante la desolación, la ruina y el sepulcro.

El alma aliada padece al ver los campos arrasados, los ríos teñidos en sangre, las espigas mil veces aplastadas, los árboles sin ramas, los puentes destruidos, los pueblos arruinados, las gentes huyendo a pie por campos y carreteras dando un viva a la Francia heroica al ver incendiarse pueblo tras pueblo sobre los cuales brilló radiante un día el sol de una creída eterna felicidad ya truncada para siempre. Sin embargo, el alma aliada está enardecida y confiada.

El alma aliada hoy más fuerte que nunca, se ha levantado por tercera vez, no para llorar a sus muertos, sino para dar la vida en defensa de la humanidad que quiere ser libre y no esclava.

La razón y la justicia, el derecho y la libertad hacen que no puedan pasar. Los pueblos que saben cantar un himno de gloria a los soldados que mueren lejos de las tierras que los vieron nacer, hoy en el campo de batalla entre los peligros más horribles saben luchar en el silencio haciendo un sacrificio supremo para vencer o morir.

Gloria al soldado que sabe morir en terrible agonía. Francia entera hoy grita con toda la fuerza de sus pulmones ¡y no pasarán! Todos los sacrificios serán pocos, pues por sobre la tumba de los héroes y de los mártires la generación presente y venidera podrán erigir un altar de libertad y sobre él levantar solemnemente el pan eucarístico de la paz universal.

L. LÓPEZ-RODRIGUEZ MURRAY.

EN EL CAMPO.

Era una hermosa mañana de primavera. La naturaleza entera parecía que se desahogaba... La luna siguió su misterioso camino casi meditabunda... Las bellas estrellas dejaron de saludar a la Creación... Los ángeles del paraíso empezaron a tocar el clarín divino con melódico acento... El cielo se abrió de par en par para recibir nuevos corazones...

Todo revelaba paz, armonía y felicidad...

¡Hasta el mismo ganado ovejuno parecía que cantaba la canción del amor!

En efecto: Las florecillas abrieron sus delicados capullos para alabar la magnificencia de Dios; los pajarillos cantaban himnos dulcísimos para bendecir el santo nombre del Señor; las fuentes murmuraron suave y encantadoramente para resaltar las glorias de Jesús; los árboles del campo se irguieron alegremente para adornar el trono del Redentor; el ruiseñor elevó a las alturas un trino divino para acompañar el coro celestial; el sol doraba las cimas de los montes y las cúspides de las torres para continuar la obra maravillosa del Eterno; el mar se llenó de blanca espuma para obedecer la voluntad del Creador; el buen zagal cantaba una canción sublime para agradecer la infinita misericordia del Altísimo; la bella pastora elevó al cielo una sentida plegaria para ensalzar la omnipotencia del Rey del amor...

¡Oh!... ¡El horizonte se iluminó para manifestar el poder supremo de Jehová!...

Esto parecía un éxtasis de dulzura, de amor...

Pero... por fortuna, era una de las tantas realidades de la vida...

Para mí, esto fué uno de los momentos más felices de mi vida...

Y para la edificación religiosa vale mucho más una brillante mañana de primavera en el campo verdoso y aromático que todos los sermones juntos de los más elocuentes oradores.

Y es verdad... El frescor del alba purifica el alma cristiana y llena de consuelo el corazón religioso... La salida mágica y fulgurante de la aurora conmueve y arrebató los impulsos del espíritu más empedernido en la idea de la incredulidad... La celestial presentación de los primeros rayos del sol satura con balsámico aroma el ambiente de la vida angelical...

Ningún observador imparcial pretende negar eso.

Dios quiera que todo buen cristiano goce, aunque sea un átomo de semejantes distracciones y de idénticas dulzuras.

A. ACOSTA PÉREZ.

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

No han faltado desde los comienzos de la era cristiana hasta nuestros días hombres que hayan negado la divinidad de Jesucristo, y aun ha habido escritores en estos últimos tiempos que han negado también su existencia histórica.

Entre tales negadores figuran personas reputadas como sabias y de privilegiada inteligencia, las cuales al ocuparse de Cristo, se han atenido exclusivamente a los dictados de la razón, aceptándolos como infalibles; pero han hecho exclusión de un principio que es racional también, mediante el cual sabemos, sin ningún género de duda, que siendo la razón una facultad esencialmente natural, no puede dar de sí sino luces naturales, faltas, por lo tanto, de claridad suficiente para escudriñar en la esfera misteriosa de lo sobrenatural, donde se halla lo divino.

De modo que los mismos sabios incrédulos se han creado un obstáculo para creer en la divinidad de Cristo, al fijar los dictados de la razón natural como el límite más lejano a que pueden llegar nuestros conocimientos, y al negar desde un principio la existencia, los efectos de la sobrenatural.

Cuando estudian los asuntos religiosos hacen funcionar la mente en un círculo vicioso, de una manera que podría com-

pararse con la actitud de una persona que, encontrándose en Madrid y queriendo ir a Toledo, en lugar de emprender el camino que va de una ciudad a la otra, se pusiera a dar vueltas por la primera, negando la existencia de Toledo porque no encontraba tal ciudad.

A más de eso, los mencionados incrédulos, con su sistemática negación, declaran en error a los numerosísimos sabios que admiten la existencia de lo «sobrenatural», y a los millones de hombres que creen en ella, los cuales han sido siempre y son ahora muchísimos más que los no creyentes, constituyendo este hecho una razón de bastante peso, aunque no hubiera otras, para convencernos de que lo sobrenatural es una realidad.

Los numerosos casos de incrédulos que, comenzando por poner en ejercicio la razón sola, llegaron a la creencia en la divinidad de Cristo, se explican por el hecho de que, en el curso de su investigación, llegó a su corazón un rayo de luz o fe cristiana, por cuya virtud variaron de procedimiento, siguiendo el de la combinación del sentimiento con la razón, de la intuición del corazón con el raciocinio de la mente.

Esta combinación del sentir con el pensar concuerda, en mi opinión, con lo que dice Jesucristo de que «Dios ha escondido estas cosas (los misterios de la fe cristiana) de los sabios y de los entendidos y las ha revelado a los niños» (Mat. 11. 25) y de la necesidad de «volverse como niños» para entrar en el reino de los cielos. Las palabras de Cristo indican que el investigador de aquellos misterios debe proceder cual niño que pregunta o pide a su padre alguna cosa, con sinceridad y sencillez de corazón desprovisto de prejuicios y móviles bastardos, y seguro de que el padre lo satisfará en cuanto sea para su bien.

Dos ejemplos aclararán lo expuesto.

Nicodemo, hombre sabio, maestro de Israel (Juan 3. 1 12), habiendo presenciado algunos de los hechos sobrenaturales realizados por Jesús, lo admiró y lo creyó «venido de Dios»; pero, a pesar de eso, por atenerse a los dictados de su razón, no puede comprender la necesidad de un nuevo nacimiento para poseer el reino de Dios; y se separa de Cristo sin la fe que da la posesión de ese reino.

En cambio, el ladrón que moría al lado de Jesús (Lucas 23. 41 y 42), hombre probablemente sin instrucción, no presencié ningun milagro de Cristo; al contrario, lo vió crucificado, ultrajado y escarnecido y en la situación más adecuada para inspirar lástima, y nada más, a un hombre que se dejara guiar por la razón natural. Pero, lejos de suceder tal cosa con aquel ladrón, empezó por reconocerse pecador digno de la condenación que sufría (y este reconocimiento es la mayor dificultad, o una de las mayores, que se presentan a los incrédulos para creer en Jesucristo), y tras de eso, se inició en su corazón lo que era su consecuencia, el sentimiento perfecto, la convicción de que Cristo era un Redentor que podía darle el reino de los cielos.

Resulta, pues, que Dimas, por no atenerse a los dictados de la razón únicamente, sino también y en primer término a los del corazón, iluminado por la gracia divina, obtuvo un puesto en el reino de los cielos, siendo un ejemplo innegable de salvación por la fe sola ejemplo que la Iglesia romana ha aceptado, poniendo a Dimas en el número de los santos, y poniéndose a sí misma en contradicción con sus enseñanzas acerca de la necesidad de pasar por un purgatorio antes de entrar en el cielo.

Y no se alegue que en este caso la Iglesia no tiene autoridad para modificar la palabra dada por Jesucristo al ladrón moribundo, porque siendo la Biblia la palabra viva de Cristo, como la misma Iglesia reconoce, el mismo valor tiene la palabra escrita que la hablada por Él, y por lo tanto, igual fuerza que su afirmación al ladrón tienen las que hallamos en la Escritura para todo el que cree, como éstas: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3. 16); «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8. 1); «por gracia sois salvos» (Efesios, 2. 8); todo ello confirmado por aquella decla-

ración del Apóstol, de que «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13. 8).

Nos hemos extendido algún tanto sobre este último punto, por la razón de que la creencia en la divinidad de Jesucristo requiere que se le reconozca, en absoluto, como Redentor completo. Ver en Jesús un Redentor incompleto, a cuya obra deban añadirse nuestros méritos, es creer incompletamente en su divinidad.

La divinidad de Jesús, al igual que toda las verdades positivas, tiene sus pruebas propias y adecuadas para llegar al ánimo no rebelde el convencimiento de su realidad, sin que los hechos en que se apoyan hayan de manifestarse como los de las películas de los cines ni los juegos de prestidigitación, aunque haya incrédulos que pretendan algo parecido para creer; y aquí es oportuno recordar, como consta en los Evangelios, que no todos los testigos presenciales de los hechos sobrenaturales realizados por el mismo Jesús, creyeron en su divinidad, habiendo, por tanto, motivo para pensar si no se repetiría ahora el caso con los que piden hechos visibles y palpables para convencerse.

Las pruebas a que nos referimos son tan grandiosas y excepcionales, que resultan únicas en su clase, demostrando el carácter sobrenatural y la procedencia divina de Cristo.

La Biblia, de punta a cabo, está llena de profecías y hechos relativos a la divinidad de Cristo, de manera que la verdad bíblica y la de la divinidad de Cristo son inseparables.

La verdad de la Biblia.

Entre los numerosos hechos demostrativos de la veracidad de la Biblia, creemos bastan los siguientes:

No hay quien pruebe la existencia de otro Código religioso-legislativo que sea mejor ni más antiguo que el constituido en los cinco primeros libros de la Biblia (el Pentateuco), dado por Moisés hace más DE TREINTA Y CINCO SIGLOS, sin que hasta la fecha, y a pesar de tantos y tan eminentes legisladores como existieron, haya habido uno que mejor lo hiciera ni que haya encerrado como lo están en el Decálogo (capítulo 20 del segundo libro del Pentateuco, llamado *El Exodo*) todos nuestros deberes para con Dios, para con nuestros semejantes y para con nosotros mismos, fundamento de todas las leyes habidas y por haber.

No hubo ni habrá libro que sufriera ni sufra tantos ni tan fuertes embates como la Biblia, ni que como ella saliera y salga siempre triunfante, siendo en todos los tiempos LIBRO DE ACTUALIDAD, por satisfacer con creces, y como ninguno otro libro del mundo, las condiciones exigidas para merecer esa denominación, o sea la de tener más y más asiduos lectores, leyéndose en 504 lenguas y todas las partes del globo, y, sobre todo, ser creído con un fevor y fe racional sin igual; y se leerá y creará más todavía, visto que solamente la Sociedad Bíblica de Londres tuvo en 1916 una salida de CERCA DE DIEZ MILLONES de Escrituras sagradas. Y a ese tenor fueron las salidas de las otras Sociedades Bíblicas del mundo. ¡Con qué libro ocurrió eso jamás! Y si su contenido no es verdad, ¿qué otros requisitos ha de llenar el contenido de un libro para ser veraz? Hemos citado hechos reales, negar los cuales sería como negar la existencia del sol, viendo su luz.

Los escritores de la parte histórica contenida en la Biblia fueron generalmente íntimos amigos de los autores de los hechos relatados, y, sin embargo de eso, ninguno de tales hechos, por perversos que fuesen, dejaron de consignarlo; y siendo tan raro verse esa imparcialidad en la narración de otros historiadores profanos y no profanos amigos de los historiados, la rectitud de los bíblicos nos demuestra la veracidad de la Biblia.

El argumento de las profecías.

En cuanto a las profecías y cumplimiento de las que debían tenerlo hasta la fecha, véase el siguiente cuadro demostrativo, aunque no se citan más que unas cuantas relativas a Jesús y a su obra:

Asunto de la profecía	Profecía	Cumplimiento
Que nacería de la simiente de la mujer	Génesis 3. 15.	Mateo 1. 18.
Que sería Hijo de Dios	Salmo 2. 7.	Mateo 3. 17.
Que nacería de una virgen	Isaías 7. 14.	Mateo 1. 18.
Que nacería en Bethlehem.	Miqueas 5. 2.	Mateo 2. 1.
Que vendrían príncipes a adorarlo	Salmo 72. 10.	Mateo 2. 1-11.
Su entrada pública en Jerusalem.	Zacarías 9. 9.	Mateo 21. 12-16.
Que sería traicionado por un amigo	Salmo 41. 9.	Mateo 26. 23-25
Vendido por 30 piezas de plata	Zacarías 11, 12, 13	Mat. 26. 14-16
Que sería abandonado por sus discípulos.	Zacarías 13. 7.	Mat. 26. 31-56.
Abofetado y escupido	Isaías 50. 6.	Mat. 26-67.
Que sería abandonado por Dios	Salmo 22. 1.	Mat. 27. 46

Asunto de la profecía	Profecía	Cumplimiento
Que le darían a beber hiel y vinagre	Salmo 69. 21.	Mat. 27. 34 y 48.
Que le crucificarían con malhechores	Isaías 53. 12.	Mat. 27. 38.
Que partirían y echarían suertes sobre sus vestidos.	Salmo 22. 18.	Mat. 27. 35.
Que sería tras-pasado	Zacarías 12. 10.	Juan 19. 34 y 37.
Sepultado con los ricos	Isaías 53. 9.	Mat. 27. 57-60.
Su resurrección al tercer día	Salmo 16. 10. Oseas 6. 2.	Mat. 16. 6.
Su ascensión al cielo	Salmo 68. 18.	Lucas 24. 51.

La obra de la salvación.

Todo hombre que se crea dotado de un alma inmortal y desee salvarla, puede lograrlo empezando por reconocerse pecador, injusto e imperfecto moralmente, porque, querámoslo o no, todos lo somos. Nuestro reconocimiento de pecadores lleva consigo el del merecimiento de la condenación de nuestra alma, a cuya inmortalidad corresponde una condenación eterna. Para dar cabida en su gloria a seres injustos e imperfectos, Dios tendría que hacer dejación del atributo esencial de su justicia.

Mas como Dios, al par que justiciero, es misericordioso, convencido de que el hombre nunca llegaría por sus propios esfuerzos a ser justo, por sí mismo el castigo que el pecador merece, pasándolo a una situación adecuada para atraerlo a su seno, y dejando su justicia satisfecho. Y no siendo nada imposible para El, sin dejar de estar en el cielo, se manifestó en la tierra, tomando nuestra naturaleza, para así poder sujetarse a dolores y poder sufrir por el hombre. Esta manifestación de Dios se realizó en Jesucristo, su Hijo, el cual para redimir al pecador que se reconoce como tal con deseos de salvar su alma, no le exige más que creer firmemente que El es un Redentor Completo, con lo cual alcanza acto seguido la absoluta seguridad de entrar en paz con Dios; y tanto más deseos siente de hacer bien y cumplir los mandamientos divinos y de enseñar la manera de salvarse a los demás, cuanto mayor es dicha seguridad; con la particularidad especial de que estando convencido de que nunca por sus propios esfuerzos llegará a ser justo y perfecto, lo está también de que será salvo como tal justo y perfecto.

Esta seguridad solamente se obtiene en la religión cristiana, siendo un signo cierto y evidente de su origen divino y una prueba, por lo tanto, de la divinidad de Jesucristo.

Esta prueba está confirmada por los testimonios de las innumerables personas que, de buena voluntad y sin vacilar, sufrieron los más horribles tormentos y muertes con la ayuda del Todopoderoso, porque es de ver en los momentos críticos de dar el testimonio, sea o no modesto, la animación gozosa que invade al cristiano, el cual no teme a otra cosa que el no confesar al Salvador debidamente ante los hombres, sin preocuparse para nada de lo que sobrevenga o de que formen juicio desfavorable del testimonio dado. (Respecto al modesto, dado por el ex-soldado José Graña y el que suscribe, no faltaron juicios diversos entre ellos el móvil de querer exhibir como mártires, pero ambos estaban y están convencidos de lo principal, a saber: que Dios no puede ser engañado y de que padecen en el nombre de Jesús siempre es bueno.

En el Capítulo 24, versículo 35, del Evangelio del apóstol Mateo, dice Jesús: «Los cielos y la tierra pasarán, más mis palabras no pasarán.» Y ¿quién se atrevió jamás a asegurar que sus palabras serían más firmes que los cielos? Y ¿quién aseguró, cual Cristo, que Dios y él eran uno, ni se dejó adorar como Jesús? O Jesucristo era Dios, o era un impostor; pero esto último nadie, ni sus mayores enemigos, se atrevieron a decirlo; antes que eso han preferido negar su existencia, porque no pueden concebir que el hijo de un carpintero, cuya primera cuna fué un pesebre, y educado en el hogar de un artesano sin instrucción, hablara y obrara con la majestad y autoridad de un Dios, como lo hizo Jesús, y que al cabo de veinte siglos sean tan firmes sus palabras. No, no pueden concebir, guiándose por los dictados de la razón natural, el hecho sobrenatural de residir en una persona humana tanta humildad y grandeza armónicamente, ni pueden negar ese hecho, tan práctico y visible, y que constituye otra prueba de la divinidad de Cristo.

Los días de Navidad y de la Semana mayor (llamada Santa) se mueven en todo el globo millones y millones de personas todas en el nombre de Jesucristo, del hijo del carpintero; y preguntamos: ¿en nombre de qué otro ser se mueve tanta gente en los países más adelantados? Ni en el de Mahoma ni el de otro alguno. ¿En nombre de qué otro ser que Cristo he han levantado tantos centros culturales y de misericordia?

Todo el globo está lleno de misioneros anunciadores de la buena nueva de salvación por la fe en Cristo, sin que conozcamos todavía los misioneros de Buda, de Confucio, Mahoma, Aristóteles, Voltaire, etc., sino los del nacido en un establo. ¿Hay quien pueda negar esa circunstancia, ni la de que la propaganda evangélica crece más y más después de veinte siglos, restando fieles a las otras religiones? ¿Es ese un hecho de carácter sobrenatural? ¡Vaya si lo es!, y otra prueba más de la divinidad de Jesús.

JUAN LABRADOR.

PENSAMIENTOS.

La primera obligación de todo hombre es la de dar a Dios la gloria que le corresponde.

Por eso es un ingrato todo aquel que no honra a su Dios, que es a la vez su Padre y Hacedor.

Vanas son todas las sabidurías que tenga el hombre, si no conoce la ciencia de Dios.

La Biblia transforma completamente al hombre degenerado, haciéndole perfecto por medio de la desaparición de los vicios.

A. ACOSTA PÉREZ.

LA RELIGIÓN.

La religión encerrada desde toda la eternidad en el seno de Dios, se manifestó en el instante que el Universo salió de la nada, y fué a hacer su morada en el corazón de Adán. Este fué su primer templo en la tierra; y desde él se exhalaban continuamente al cielo los deseos más fervorosos. Eva, formada en la inocencia, lo mismo que su esposo, lograba la prerrogativa inestimable de bendecir incesantemente al Autor de su ser. Las aves se agregaban con su canto a este divino concierto, y toda la naturaleza le aplaudía.

Esta era la religión, y este era el culto, cuando entró el pecado a manchar la pureza: huyó entonces la inocencia y no quedó otra esperanza que la misericordia divina. Desterrado Adán del Paraíso terrenal, ya no halló sino espinas y abrojos, donde antes cogía las más hermosas flores y los frutos más excelentes.

El justo Abel ofreció a Dios un holocausto de su propio corazón, y firmó con su sangre el amor que tenía a la justicia y a la verdad.

Noé, Job, Abraham, Isaac y Jacob se dieron la mano para observar la ley natural, la única religión que era entonces agradable al Señor.

Moisés se dejó ver como un nuevo astro que resplandeció sobre el monte Sinaí, al lado del Sol de Justicia; diósele el Decálogo para que se observase sin alteración alguna. Los truenos dieron la señal exterior de nueva alianza, y el pueblo hebreo quedó constituido por depositario de una Ley, escrita por la misma Sabiduría Eterna.

No obstante el celo de Moisés, de Josué y de todos los genios y jefes del pueblo de Dios, no ha habido otra sino la religión cristiana que forma adoradores en espíritu y en verdad. Todo lo que fué santo antes que ella existiese, le pertenecía; y cuando se manifestó en el Universo, emanada del Verbo encarnado, se estableció sobre las ruinas del judaísmo, como la hija de predilección, y mudó la faz de todo el mundo.

La prohibieron los malos deseos, lo mismo que las malas obras; y las virtudes más puras y más sublimes brotaron regadas con la sangre de innumerables mártires.

Sucedió la Iglesia a la Sinagoga; y los apóstoles, que fueron sus columnas, tuvieron sucesores que se han de renovar hasta el fin del mundo. Según este plan, todo celeste, y según esta economía, enteramente divina, la realidad sucedió a la sombra; porque toda la antigua Ley no representaba sino a Jesucristo; y después de la muerte será la evidencia el galardón de la fe. Se verá a Dios tal cual es, y se descansará eternamente en él.

La religión no se hallará en su centro, sino cuando no hubiere otro reino que el de la caridad; porque no consiste en la ciencia, ni en la magnificencia exterior sino en el amor de Dios. Esta debe ser la base de nuestro culto; y si no estamos bien penetrados de esta verdad, no seremos más que simulacros de la virtud.

La religión viene a ser como una cadena, cuyo primer eslabón es Dios, la que se extiende tanto como la eternidad. Sin este vínculo todo se desprende, todo se trastorna; y en este caso ya los hombres no son más que animales dignos de menosprecio, y el Universo todo, nada tiene que pueda interesar; porque su mérito no es el sol, ni la tierra, sino la gloria de encerrarse en la inmensidad del ser supremo, y de no subsistir sino por Jesucristo, como lo dice el apóstol: *Todas las cosas subsisten por él, y en él.*

CUMPLIENDO NUESTRO DESTINO.

Constantemente hablamos, de *la lucha contra la vida*, y decimos que la vida es *una lucha*; pero no vemos que nuestra propia existencia, y el hecho de que debemos luchar, se deben a las luchas y triunfos de los que han sido antes de nosotros. Nos parece que nos sucede algo extraño, y que nuestra suerte les dura en extremo. Mas tales pensamientos no son injustos. Nuestros padres creyeron como nosotros, que la vida era una ucha muy dura, y si no hubiesen luchado, nosotros no habríamos vivido para luchar. Cada paso de la historia humana es la obra anticipada del mismo destino; y únicamente cumpliendo el nuestro, y entrando de lleno en la lucha por la vida tal como se nos presenta, es como perpetuamos de nuestra parte la vida moral de la humanidad. Nosotros somos descendientes, y alguien es responsable de nosotros. Nosotros somos progenitores, y somos responsables de otros.

LA BIBLIA EN EGIPTO.

En El «Estandarte» ya hablé de Arqueología del Antiguo Testamento por el egiptólogo E. Naville, y de sus descubrimientos en Egipto que comprueban la verdad bíblica.

Sin duda es bajo la 12ª dinastía que el semita Abram emigró a Egipto. Durante los años 2100-1500 A. C. una invasión de asiáticos llamados Hyksos o pastores fué provocada por la presión de los Elamitas en Mesopotamia, siguiendo la vía de las grandes migraciones del oriente al occidente, esto es de la vía del sol.

La llegada de José, hijo de Jacob, a Egipto, coincidió con la dinastía de faraones semitas los cuales adoptaron las costumbres antiguas de los reyes autóctonos o camitas.

Estos invasores no construyeron edificios ni pirámides durante 610 años. Un faraón facilitó la elevación de José, al segundo rango y el establecimiento de los hijos de Israel en el país Goshen, o Kesen, cerca de la plaza fuerte de Avaris que fué el último refugio de los Hyksos en el Delta cuando volvieron al poder de los hijos del país, con los reyes de la 18ª dinastía. El apogeo del imperio indígena coincidió con la restauración de los príncipes de Tebas, de la XVII y XVIII dinastía, de la cual resultó la persecución y opresión de los hebreos durante 400 años según la profecía dada a Abraham. (Act. VII. 6)

Quizás Thautmes III era el faraón de la XVIII dinastía el cual quiso aniquilar a los extranjeros (semitas).

Aunque educado en las costumbres y en las ciencias de Egipto, Moisés no se amoldó, como los Hyksos, a la idolatría egipcia, al culto de la Vaca de oro (Hator) (2) ni al culto de los muertos, a la superstición mágica y espiritista, ni a la creencia de que el «yo» inmaterial quede en el sepulcro y necesite de viandas, bebidas, etc. En las más antiguas sepulturas de Egipto, como en los paraderos de los indios, está acostado el muerto en la posición embrionaria, o sentado con los miembros doblados y envueltos con piel de antílope. La obsesión de la muerte les inspiró la arquitectura funeraria, los mausoleos, las pirámides, para asegurar la inmortalidad personal.

En algunas versiones bíblicas se confunde el Sheol (Hades) mansión de muertos con la fosa común.

Lejos de aceptar la apoteosis del alma que por la defunción deba entrar en la gloria, Moisés prohibió a los israelitas la necromancia, la adivinación, los servicios fúnebres.

Moisés no dejó por escrito el nombre del faraón que negó a los israelitas la libertad de culto; era sin duda Amenofis III. Bajo el reinado de Amenofis IV se mencionan tribus llamadas Khabirou, o Hebreos que habían invadido la Palestina. Allí están establecidas, ya, bajo Menephtah.

El nombre de Israel quedó escrito en la estela o monumento de triunfo de este rey en Siria.

El fundador de la dinastía de Tebas, Sheshong I., es el Sissak que venció a Roboam y saqueó a Jerusalem. Uno de sus sucesores Osorkon (Zara 2.ª Crón. 14: 9) atacó a los judíos.

Shabatoka, de la XXV dinastía, declaró la guerra a Senakherib, fué derrotado y no impidió la invasión de los asirios, sino por la intervención divina, referida en la Biblia y por Herodoto, por la peste que aniquiló en una noche al ejército asirio en Lakis cerca de Jerusalem en el año 701.

Los monumentos recién descubiertos por los egiptólogos, confirman, pues los documentos bíblicos que contienen la verdad histórica.

PABLO BESSON.

El Evangelio cristiano y nuestra renovación nacional.

Días hace que por múltiples y verídicas manifestaciones de la opinión española, hase puesto sobre el tapete nacional el magno y trascendental problema de nuestra renovación patria. A estas alturas, son ya muchos e importantes los organismos de nuestra sociedad que han proclamado muy alto la necesidad absoluta de esa renovación. Inútil completamente hacer desfilar los sucesivos acontecimientos que, desde el 1.º de Junio del pasado año, han tenido lugar sobre ese sentido en España; están en la conciencia de todos y huelga por consiguiente su detallada exposición. Yo invito no obstante a mis lectores a reflexionar breves instantes sobre esa mágica palabra *renovación nacional* y lejos de considerarla superficialmente y a sobrehaz, estudiarla en su raigambre y lo que constituye lo esencial del problema. Una colectividad y una nación son en síntesis lo que es una persona humana. Un hombre, por ejemplo, borracho, avaro, lujurioso, etc., jamás se renovará real y esencialmente, sino renueva primero su alma, fundamento y fuerza directivo-motriz de su vida y si los principios morales cristianos no toman posesión absoluta de su ser y se constituyen en los factores de su existencia. Todo lo demás que haga o intente hacer por otros motivos humanos o sociales, no será duradero sino circunstancial; será únicamente una ilusión o un mascarón hipócrita para engañar mejor a los suyos y a la sociedad. En idéntico caso se encuentra nuestra nación.

(1) De un libro, Histoire de la Civilisation Egyptienne, pour G. Jequier.

(2) Copiada en el becerro de oro por los hebreos.

Cierto que no existen almas colectivas con personalidad única e inmortal, a la manera que perdura y vive el alma individual humana al separarse del cuerpo por la muerte; pero es mucha verdad también que por relación y similitud idealizamos el alma colectiva de un pueblo, cuyos atributos y esencia formamos con el resultado medio de las virtudes o vicios de los individuos de aquella colectividad. Hay más: dice un principio de lógica que *«nihil est in effectu quod non sit in causa»*; lo cual quiere decir, que cuanto se atribuye al efecto, virtualmente por lo menos debe existir en la causa. Ahora bien: ¿cual es la causa de esa alma colectiva que como dije antes idealizamos por el resultado mayoritario de las virtudes o vicios, aptitudes o negaciones de un pueblo?... Evidentemente esa causa es el alma individual. Quiero decir que sumando muchas o la mayoría de almas renovadas, llegaremos al efecto de una alma colectiva renovada también; y por el contrario descontando varias, inmensas e indefinidas almas individuales que rechacen la renovación propuesta, nos quedaremos atascados sin esperanza de conseguir la tan deseada transformación de nuestro Pueblo. Síguese de ello como consecuencia natural y lógica que únicamente actuando con energía para la renovación radical sobre lo que constituyen los principios básicos de la moral individual del alma humana, conseguiremos llegar por una sencilla regla de suma a la renovación colectiva del alma española. Y esto, señores, no es empresa ni operación de la política, ni tampoco de la ciencia; esto es sencillamente obra de la Religión.

La política y aun la ciencia fundamentan los resultados de sus especulaciones en un egoísmo más o menos inmediato é interesado; únicamente la Religión acrisola el alma individual humana, y como consecuencia colectiva también, en el sacrificio y verdadero desinterés, preparación y fundamento necesario para la renovación verdad.

¿Puede el Papismo o catolicismo romano regenerar radicalmente nuestra alma individual y por consiguiente el alma nacional española?... Lo niego terminantemente por la sencilla razón de que nadie puede dar lo que no tiene... veámoslo.

La fuerza del principio transformador de la Religión cristiana y que demostró ya su eficacia en los primeros siglos de nuestra Era, debióse únicamente a su origen divino y a ser instrumento inmediato de la Divinidad. Si la viciosa sociedad romana, si sus leyes disolventes de la familia anárquicas en el verdadero sentido de la fraternidad humana, no pudieron resistir al empuje de las doctrinas de Cristo, fué porque Dios que todo lo puede, que hizo el mundo o su primera materia cósmica de la nada, las disolvió al conjuro de su voz del mismo modo que las seculares y ciclópicas murallas de Jericó se hicieron polvo al eco sólo de las trompetas de Israel mandatorio de su voluntad y de su poder. Si los ignaros y humildes pescadores de Judea, sin otras armas aparentes que su entusiasmo apostólico y el bordón de peregrino, desarmaron las legiones de Roma, transformaron su orgulloso Senado y arrancaron de la diadema de sus Césares la bola del mundo, para colocar sobre ella el signo hasta entonces infamante de la Cruz, fué porque ni los pescadores eran tales, sino la personificación de Cristo-Dios, ni sus palabras la expresión del sentido humano, sino lenguas de fuego del Espíritu Divino, que ardiaron al mundo antiguo, cual otro Fénix, para de sus cenizas levantar el grandioso monumento de la civilización cristiana... Pero Roma no fué ni es esto; Roma es solo el resultado del orgullo de sus Papas, la sacrilega y pretenciosa reforma de la Obra de Dios y su Evangelio y un asqueroso zurcido de concupiscencias y pasiones humanas adosado al regio y divino manto de la redentora Obra de Jesús. Eso ha sido y eso es Roma en su obra propia y en su influencia nefasta sobre los pueblos que la siguen y sobre su civilización.

F. JAVIER DE BRETÓN.

(Seguirá.)

COMER APRISA.

Los males que resultan de comer aprisa pueden enumerarse como sigue:

1. Por defecto de masticación, el alimento no se divide como es debido, por lo cual los jugos digestivos no pueden ponerse en contacto con los varios elementos que lo constituyen.

2. Siendo detenido en la boca el alimento un tiempo demasiado corto, la cantidad de saliva que se mezcla con él es insuficiente, por lo que la digestión salivar no puede acabarse bien; y como la saliva es también un estímulo para la secreción del jugo gástrico, la digestión estomacal resulta necesariamente imperfecta.

3. Si el alimento entra al estómago sin masticación y en estado de división incompleta puede obrar como irritante mecánico en la delicada membrana que tapiza este órgano y ocasionar de este modo congestión y catarro gástrico, una de las enfermedades más comunes del estómago y a menudo una de las más obstinadas.

El mejor remedio para contrariar el hábito de comer aprisa es usar alimento seco.

La importancia del alimento seco ha sido demostrada por una serie de experimentos hechos con el objeto de determinar la cantidad de saliva producida al mascar alimentos secos comparada con la que dan los alimentos húmedos y líquidos. Los resultados fueron los siguientes:

Un pedazo de parafina mascado durante cinco segundos produjo dos tercios de onza de saliva.

Una onza de granosa, alimento seco sacado del trigo, aumentó de peso hasta dos onzas.

La adición de pimienta y sal a la granosa disminuyó ligeramente la cantidad de saliva producida. La adición de vinagre disminuyó todavía más la secreción.

Una onza de pan húmedo, mascado por cinco minutos, dió una onza de saliva.

Una onza de manzana cruda produjo una y un cuarto de onza.

Una onza de agua no produjo sino una décima de onza de saliva, o cerca de la sexta parte de lo que da un pedazo de parafina, o la trigésima parte de lo que produce una onza de granosa.

Una onza de leche fué ligeramete más activa para producir saliva que la misma cantidad de agua.

Una onza de sopa de chícharos (guisantes) mascada cinco minutos produjo dos veces tanta saliva como el agua, pero solamente la tercera parte de la que dió la parafina y la décima de la que produjo la granosa.

El uso de almuerzos rápidos, tan comunes en los Estados Unidos, y extendido bastante en otros países, es uno de los errores alimenticios más graves.

El norteamericano come corriendo, engulle sus alimentos con grandes tragos de té, café, agua helada, leche helada, y té helado; y en consecuencia las glándulas salivales no entran en actividad por falta de estímulo, de modo que la cantidad de saliva producida es insuficiente para digerir el almidón de los alimentos en el medio ácido del contenido estomacal; y la cantidad pequeña de saliva producida está tan diluida que su eficacia ha disminuído en extremo. ¡Por qué admirarse de que la indigestión del almidón llega ya a ser un mal casi universal, que se deja ver por la acidez, por las eructaciones de gas, por la flatulencia y una gran variedad de perturbaciones del estómago, para escapar de las cuales multitud de gente hay que continuamente está tragando magnesia, soda, cordiales neutralizantes, aguas minerales de varias clases juntamente con extractos de maltos y otros digestivos!

La incapacidad de digerir el almidón es sin duda una de las principales causas del desordenado consumo de la carne de vaca y de otros productos animales a los cuales la raza de lengua inglesa ha llegado a ser tan adicta, como un medio de escapar de las angustias que ocasiona la indigestión del almidón.

La abundante provisión hecha en el cuerpo humano para la digestión del almidón; — primero, la saliva; segundo, la bilis y el jugo pancreático; tercero, el jugo intestinal; y finalmente, el hígado, — es una prueba de que la naturaleza ha querido que el hombre subsista en gran parte con alimentos farináceos. Los argumentos de los abogados del «alimento natural», quienes insisten en que el hombre debe alimentarse con nueces y con frutas, están basados no en hechos fisiológicos sino en los experimentos mórbidos de los discípulos de esta doctrina. El que esto escribe tuvo hace uno o dos años la oportunidad de examinar el fluido estomacal de uno de los más serios y firmes abogados de la alimentación con fruta y nueces, y el estómago se encontró en gran manera dilatado y casi completamente inerte.

Multitud de casos crónicos y muy redel de dispepsia he curado exigiendo que el enfermo subsista simplemente de alimentos secos, con lo cual tenía que masticar completamente su alimento. Una prescripción favorita del que esto escribe, que es aplicable en el mayor número de casos de indigestión, es una o dos onzas de granosa seca al principio de cada comida. Esto introduce en el estómago una cantidad abundante de saliva, — probablemente de cuatro o seis onzas en los mas casos, — y asegura la buena digestión del almidón.

La dextrina y la maltosa producidas por la acción de la saliva sobre el almidón son exactamente lo que el estómago necesita para entrar en saludable actividad, de donde viene en seguida como resultado un jugo gástrico bueno en cantidad y cualidad. —Dr. J. H. Kellogg.

¡TODO ES UN COMERCIO!

Por L. M. GALASSI.

—¡Luis! Mira, mira quien viene por allí. ¡Bravo! es un antiguo amigo mío, un leal compañero de infancia. ¡Cuánto tiempo que no te veía ni sabía nada de tí! ¿Cómo estás, hombre? ¿Bien? Vaya, cuéntanos algo.

Así festosamente, era recibido Luis, hombre de unos cuarenta años de edad que, como marinero que era, hacía viajes entre Italia y Francia, y de varios meses nada se sabía de él en el pueblo. Luis fué tan festejado mientras entraba en el Café del Comercio, donde estaba seguro de encontrar a sus amigos. Luis había sido siempre un hombre honrado, y un verdadero amigo a quien todos apreciaban. A aquellos saludos y apretones de manos respondió, dirigiéndose especialmente a su íntimo Alberto que tantas exclamaciones había hecho:

—Gracias a Dios que, como veis, he regresado sano y salvo también esta vez. Hemos tenido días pésimos; pero, Dios quiso que llegásemos a Marsella, donde nos vimos contentados a entrar tres semanas en puerto a causa de la mar.

—¡Cáspita! respondió Alberto no muy poco sorprendido o

has cambiado lenguaje; antes nunca te acordabas de Dios, y ahora lo has nombrado dos veces en pocas palabras! Dime: ¿qué has hecho en Marsella? ¿Has estado visitando iglesias?

A decir verdad, esta vez he tenido ocasión de ocuparme de Dios, de Iglesia y de religión, replicó Luis sin reticencias.

—¡Bah. *Todo es un comercio*!, respondió Alberto riendo, yo no me ocupo de nada. Curas, iglesias y religiones son tonterías. Es un comercio, un oficio como otro cualquiera.

—Señor Juan, tráiganos V. café, dijo al dueño del establecimiento uno de la compañía, y, dirigiéndose a Luis, añadió: sentémonos y oigamos las novedades que nos contará Luis.

—Lo siento, respondió afablemente el amigo, porque nada nuevo puedo contar que os interese.

Alberto, impelido por la curiosidad de saber porque hablaba Luis de Dios con tanta reverencia, dijo:

—¿De manera que no estás convencido de que todo es un comercio?

—En las tres semanas que he permanecido en Marsella he tenido ocasión de formarme un juicio muy diverso del de Alberto respecto a Dios, a Cristo, a la Iglesia y a la religión.

—Vaya, cuéntanos algo.

—A bordo de la goleta *La Paz*, continuó diciendo Luis, había un marinero con el cual hice amistad y de los discursos que tuve con él me persuadí...

¡Que toda iglesia es un comercio! le interrumpió Alberto en tono burlesco.

—¿Qué entiendes tú por iglesia? preguntó Luis con bastante seriedad.

—Eso sí que tiene gracia! La iglesia es la iglesia, respondió Alberto un poco confundido.

—Esa respuesta no dice nada.

—¿Que no dice nada! Cuando se dice iglesia todo el mundo sabe lo que significa. El lugar donde se celebran las funciones religiosas, donde hay altares y se dice la misa, donde el tonto pueblo acude a cada toque de la campana.

—Te equivocas, querido Alberto; lo que tu dices es el edificio donde se reúne el pueblo, pero eso no es propiamente la Iglesia.

—Entonces, ¿qué es la Iglesia?

—La Iglesia son los fieles que la componen; si eres católico formas parte de la iglesia católica; si eres evangélico eres miembro de la iglesia evangélica, y así diciendo.

—Entiéndelo como quieras, lo cierto es que todo es un comercio.

—Y ¿qué entiendes tú por comercio?

—Un negocio o tráfico que se hace vendiendo, o comprando, o permutando unas cosas por otras.

Mas ¿qué se vende en la iglesia, esto es, donde se aduna la iglesia?

—Vaya, hombre, que estás de broma, le replicó Alberto. ¿Quieres comer de carne el viernes y el sábado sin cometer pecado? Paga y tendrás la dispensa. ¿Quieres librar a tu padre un siglo siquiera del fuego del purgatorio? Paga y lo obtendrás. ¿Quieres descubrir una virgen o un santo para que llueva o haga buen tiempo? Paga y lo tendrás. Si no sucede el milagro te dirán que eres indigno, pero esto después que hayas pagado la tasa impuesta. Siempre engaños y comercio. Por matrimonios, bautismos, indulgencias, funerales, exequias, paga siempre y paga bien y serás de los privilegiados. Y ahora dime que el sacerdocio no es un oficio como otro cualquiera, en la seguridad de que aprobarían sus palabras todos los allí presentes.

—Y si no apruebas estas cosas, preguntó Luis, ¿por qué no expones tus razones a los curas, como has hecho a nosotros?

—¡Ah, si, voy a tomarme esos quebraderos de cabeza: una nuez en el saco no hace ruido!

Pues si amas la lealtad deberías persuadir a los feligreses y pedir una reunión del pueblo—ya que el pueblo es el que forma la iglesia—y tomar los acuerdos que son conformes a la verdad y a justicia.

—¡Eh pueblo! ¡Cualquiera consigue persuadir a esa gentel! El pueblo es un burro que todo lo vé y sin embargo cree, decía Giusti: Es verdad que el pueblo no es el que vende, sino el que compra, y la tienda sigue en pie.

—¡Aquí te quería! respondió Luis con una sonrisa. Los curas abusan y el pueblo, tú inclusive, concurre con su indiferencia y despreocupación, a mantener un estado de cosas que desaprueba, y al menor contratiempo recurre al cura. Hed aquí las contradicciones y la ceguera de la gente.

—¿Qué quieres hacerle! Ya se han cogido los curas la ventaja, así lo han establecido, y hacen lo que quieren. Créelo, por mucho que se diga o que se haga no se conseguirá un ardite.

—Luego la Iglesia, dijo Luis, no la compone el pueblo, sino que es monopolio de una casta sacerdotal.

—Así es, desgraciadamente.

—Y tú que no tomas unas cosas por otra ¿no ves que no es justa emprenderla contra la religión y no prestar fe a Jesucristo porque unas cuantas personas abusan de las cosas sagradas?

—Es que Él permite ciertas cosas, replicó Alberto, y por eso...

—Permite también tu indiferencia, le interrumpió Luis, en alta voz, pero no la quiere.

—Si no las quisiese no las permitiría, replicó Alberto.

—¡No ves que si te lo impidiese te quitaría la libertad y le llamarías tirano?

Jesucristo ha enseñado la verdad, ha dado órdenes precisas a sus secuaces, que constituyen su Iglesia, y quiere que todos se salven; pero tu, por ejemplo, no te ocupas de eso, y Él no te obliga.

—Luis te ha metido en el saco, caro Alberto, exclamaron algunos compañeros que disfrutaban ante aquel contraste.

—Sí, sí, replicó Alberto; no puedo negar que nunca había visto estas cosas, como Luis ha dicho; pero ¿qué vamos a hacerle?

—¿Qué vamos a hacerle? Es preciso volver a los enseñamientos genuinos de Jesucristo, y la Iglesia perderá cuanto tiene de comercio.

—¿Cómo vivirá, pues el cura?

—Si el cura es una persona honrada y sincera, si es fiel a la verdad enseñada por Jesús; si asiste a los enfermos, si educa bien a los hijos del pueblo, entonces la iglesia, esto es, los creyentes, deberán proveer a sus necesidades materiales, mediante una asignación anual, como se hacía en los primeros tiempos. Mas si el cura no se porta como debe, o comete escándalos o abusos, primero se le corrige; si persistiese en el mal o en el error, entonces se le expulsaría, se abriría un concurso y seguro que no faltarían aspirantes. Así se quitaría enseguida este escándalo de comprar y vender, y nadie podría decir que la iglesia es un comercio que hace perder la fe.

—¡Ah, eso sería bueno! exclamó Alberto; me gusta el proyecto, Luis. Si las cosas hubiesen procedido como dices, no sería yo indiferente.

—Convenid, pues, dijo Luis dirigiéndose a todos los reunidos, que no se debe dejar de creer y confiar en Jesús porque los hombres hayan abusado de su nombre y escondido su doctrina al pueblo, de la misma manera que no se deja de tomar medicinas porque haya tantos charlatanes que quieren poseer el toca y sana para todas las enfermedades.

—Vaya, Luis, que ahora me has tenido que dar la razón; ¿también tu convienes que la iglesia es un negocio?

—Entiendo lo que quieres decir; se ha comerciado con las cosas sagradas, y por eso es que muchos desprecian la religión, pero yo protesto contra esos abusos.

¿Y porqué sigues creyendo?

—¡Si yo no creo!

—O yo no comprendo o tu no te explicas, respondió Alberto. ¿No acabas de decirme que debo creer aunque los curas hayan abusado, y...

—Ahora te digo que no me has entendido. Yo he querido demostrarte que no es justo que niegues tu fe en Jesucristo porque los sacerdotes hayan abusado: creo, sin embargo, en todo lo que ha hecho y dicho el Señor.

(Continuará)

NEWTON.

Isaac Newton nació en Woolstrop (Inglaterra) el 25 Diciembre 1642.

Su genio se remonta sobre todos al descubrir la ley de la gravitación.

Desde muy niño dió a conocer sus extraordinarias facultades. «Será un sabio»—decían sus padres.

Sus entretenimientos consistían en construir mecanismos, como relojes, molinos, cometas, etc.

A los 21 años descubrió ya la descomposición de la luz por el prisma de cristal.

Estando un día sentado en su jardín, cayó a sus pies una manzana, desprendida de un árbol. Aquel fenómeno, excitando su reflexión, le llevó a descubrir la gran ley que mantiene el equilibrio del universo; la ley de la gravitación universal.

Su obra «Principios», publicada en 1687, donde explicó la ley de la gravitación, le atrajo la admiración del mundo.

RECETAS ÚTILES.

Calentando los limones antes de usarlos se obtiene casi doble cantidad de zumo.

La miel y la glicerina mezcladas en partes iguales forman un excelente remedio para los labios partidos.

Para quitar un dolor de cabeza basta hacer trabajar los músculos de las piernas. Con esto se descongiona el cerebro.

En América se ha formado una sociedad femenina que tiene por objeto defender a las garzas y pájaros del paraíso, de los estragos de la moda.

Los espejos se limpian primeramente con agua, después de bien secos se frotan con espíritu de vino, y por último se abrillantan frotándolos con papel de seda fino.

Las piernas y brazos artificiales ya se usaban en Egipto en el año 700 antes de Cristo. Los aparatos de ortopedia eran contruidos por sacerdotes, los médicos de aquellos tiempos.

Los cepillos de cabeza deben limpiarse con frecuencia, pero no con jabón sino con agua caliente y amoníaco fuerte. Con este procedimiento los cepillos duran doble y conservan rígidas las cerdas.

IN MEMORIAM.

El mes pasado falleció en Madrid la Sra. D.^a Elisa Ruet y Bustos.

Enviamos al atribulado esposo D. Francisco Oviedo y demás parientes nuestro más sentido pésame por la irreparable pérdida.

También falleció el 29 de Mayo en la ciudad de Barcelona D. Martín Tarrés Casasas, de 45 años de edad, después de haber sufrido por espacio de cuatro años las consecuencias de una cruel y penosa enfermedad que le arrebató la vida.

Enviamos a la afligida esposa D.^a María Meler nuestro sentido pésame.

CRÓNICA.

Ruzafa. Se ha inaugurado un nuevo local para la predicación del Evangelio. Está al frente de esa obra el Sr. Bentsmor y le deseamos un éxito completo en su propaganda.

Japón. Arroz nacido de granos de semilla que tenían mil años de vida, fué servido al emperador del Japón cuando asistió a las maniobras del ejército japonés que tuvieron lugar en la prefectura de Shiga.

Méjico. El 16 de Mayo último pasado falleció el Reverendo Juan Wesley Butler, uno de los más distinguidos predicadores y propagandistas del Evangélico en Méjico. La muerte ha sido muy sentida.

Italia. El Papa ha apelado a la mediación de países protestantes en favor de los clérigos romanistas de Méjico amenazados de expulsión del país por el Presidente Carranza.

¿Cómo cambian los tiempos!

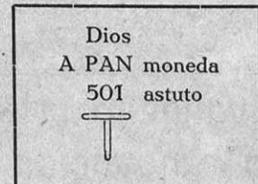
Argentina. En los días 3 al 6 del mes de Abril se celebró en Buenos Aires, el primer Congreso de la prensa Católica-Romana. Estuvieron representados 40 diarios y el Congreso lo han formado más de 100 directores y redactores.

Tomaron importantes acuerdos que dan a entender que el protestantismo va adquiriendo terreno, viéndose en el caso de llevar a cabo un Congreso para hacer resaltar la extensión que ha tomado la propaganda protestante.

Jerusalem. Una comisión de judíos, americanos, ingleses y rusos, ha partido para Palestina con el objeto de estudiar las necesidades de aquel país y emitir un informe concerniente los métodos mejores para preparar Jerusalem y demás, y ponerle en condición para la llegada de los dispersados hijos de Israel. El gobierno británico intenta establecer después de la guerra un gobierno judío en la Tierra de Promisión, pero se entiende que la población hebrea de Jerusalem se opone a llamar su nación Palestina, prefiriendo ponerle el nombre de la «República de India.»

SECCIÓN RECREATIVA.

JEROGLÍFICO (Adagio.)



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE TRATADOS RELIGIOSOS Y LIBROS

Obras diversas en depósito.

	Ptas.	Cts.
Llamamiento urgente a los católicos que buscan la verdad. Traducida del francés. Por A. M. en 32. ^a , rústica. En España	1	50
En el Extranjero	2	
Pepa y la Virgen. En 8. ^o , rústica		50
Julián y la Biblia. En 8. ^o , rústica		70
El tormento en los conventos. En 8. ^o , rústica	1	
El confesor, la confesión y la confesada. En 8. ^o , rústica	1	
Los Frailes en Filipinas. En 4. ^o , rústica	1	25
El Catolicismo en sus luchas con el poder civil. En 8. ^o , rústica	2	50
Almanaque de la Inquisición. En 8. ^o , rústica	1	
Análisis crítico de la Misa. En 4. ^o , rústica. En España	2	50
En el Extranjero	4	

Franco de porte certificado.

Poesías antiguas y modernas para uso de los protestantes.

En 32.^o, tela.

Primera parte	3
Segunda id.	3
Apéndice a la 2. ^a parte	1 50
Tercera parte	3
Cuarta id.	3

Imp. J. TRAYTER, Cervantes, 13, Figueras.